

aula abierta

SECCIÓN DEL SUPLEMENTO TRES MIL EN APOYO A LOS PROGRAMAS DE LENGUAJE Y LITERATURA DE EDUCACIÓN MEDIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Generación del 27: Miguel Hernández

Edgar Alfaro Chaverri

PRIMER AÑO DE BACHILLERATO



El poeta español Miguel Hernández, durante una lectura de su obra.

Miguel Hernández
(1910-1942)

Poeta español, nacido el 30 de octubre, en la ciudad de Orihuela, provincia de Alicante, a orillas del Mar Mediterráneo, autor de admirables sonetos (*El rayo que no cesa*), poemas (*Viento del pueblo*) y dos obras teatrales: *El labrador de más aire* y *Quién te ha visto y quién te ve*.

La obra de Miguel Hernández es de gran sentimiento y de gran arraigo popular. Su vigencia no se ha limitado a los libros, cuyas ediciones se suceden año con año, sino que sus poesías, además de profundas y vibrantes, han sido objeto de las notas inspiradas de grandes cantautores de reconocida trayectoria contemporánea. Tal es el caso del argentino Alberto Cortez, quien en los años 70's dio a conocer el arreglo musical para el hermoso poema *Nanas de la cebolla*, el cual, según consta en el poema, Miguel Hernández escribe y dedica a su hijo, «a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla», con lo cual podemos deducir, que la leche, ese sagrado néctar con que las madres nos amamantan cuando estamos pequeños, salía de los pechos con olor a cebolla, este es el hecho que conmueve la enorme sensibilidad de nuestro sufrido poeta, pues estando en la cárcel, no podía precisamente, hacer nada para remediar la precaria situación de su familia. Pero Joan Manuel Serrat, el famoso cantautor catalán, no sólo retomó la iniciativa y el arreglo del argentino, sino que además, musicalizó otros nueve poemas del bardo alicantino, produciendo un disco homenaje titulado **Miguel Hernández**.

En dicha producción discográfica sobresalen, a mi gusto, *Umbrío por la pena*, *Canción última*, *Para la libertad*, *Elegía*, *El niño yuntero*. No hay duda que Serrat ha hecho un excelente aporte, pues además, hizo el disco homenaje para el poeta Antonio Machado.

La Generación del 27 en España: Miguel Hernández [páginas 1, 2, 3 y 4]

Juan Carlos Onetti: Tres relatos [página 5 y 6]

Poesía griega contemporánea:

Yannis Ritsos, Lorenzo Mavilis, Yorgos Seferis, Constantino Kavafis [página 7]

Odysseas Elytis, Kostas Várnalis, Dionisio Solomós [página 8]

¿Sufrido poeta?

Sí, ¿y cuál verdadero poeta no lo ha sido? Miguel Hernández sufrió persecución y cárcel por motivos políticos, su España de vastos viñedos y «abolengo» estaba en plena efervescencia social, y el pueblo español requería con urgencia los cambios que hicieran más potable el cotidiano existir.

Fueron años duros, y durísimos sin duda para nuestro interminable Miguel, quien según la historia, siguió recibiendo cartas y noticias de su amada y de su hijo; y hasta donde sabemos, su canto -pleno de vida- se fugó del cautiverio, pero su pluma no, su pluma murió en la celda el 28 de marzo, víctima de la densa oscuridad que nubló los cielos españoles de esos días, en los que el general Francisco Franco -conocido como el «generalísimo»- pisoteó la libertad de toda España.

Un poco de la turbulenta historia

En 1914, el gobierno de Eduardo Dato, proclamó la neutralidad de España en la 1ª Guerra Mundial, política seguida también por sus continuadores. Pero las intrigas políticas, crisis, coacciones, atentados, huelgas y sabotajes oscurecieron la vida pública del país, minan la autoridad y provocan el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, dirigido por Primo de Rivera, capitán general de Cataluña. Con carácter de dictador, se puso al frente de un Directorio Militar, sustituido poco después (1925) por un Directorio Civil. Su gobierno se caracterizó por el restablecimiento de la autoridad, y el desarrollo de un vasto plan de obras públicas que dotó al país de excelentes carreteras, ferrocarriles, puertos, embalses, etc. Acabó con la larga sangría que para España constituía la guerra de África (1925), pero la oposición a Primo de Rivera era importante entre los viejos partidos políticos, los intelectuales y las grandes compañías extranjeras, afectadas por la creación del Monopolio de Petróleos. Estas circunstancias motivaron su caída el 28 de enero de 1930, y el general moría en París semanas más tarde. El 12 de abril de 1931, unas elecciones municipales, dieron el triunfo a los candidatos republicanos, y el 14 era proclamada la Segunda República, con Niceto Alcalá Zamora como presidente. Una sublevación derechista fue sofocada en 1932, y en 1933, las derechas obtuvieron mayoría en las elecciones. Cataluña y Asturias se sublevaron en 1934. Una coalición izquierdista, el Frente Popular, subió al Poder en 1936, y Manuel Azaña, ocupó la presidencia de la República. El general Francisco Franco, al frente del ejército de Canarias y Marruecos, se alzó contra el gobierno republicano, y su movimiento fue secundado en diversos puntos de la península. Tres años de cruel guerra civil (1936-1939) ensangrentaron el país, y condujeron a la implantación de un estado cuyo jefe fue el propio general Franco.

Poemas de Miguel Hernández

Tristes guerras

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.
Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.
Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

Después del amor

No pudimos ser. La tierra
no pudo tanto. No somos
cuanto se propuso el sol
en un anhelo remoto.
Un pie se acerca a lo claro.
En lo oscuro insiste el otro.
Porque el amor no es perpetuo
en nadie, ni en mí tampoco.
El odio aguarda un instante
dentro del carbón más hondo.
Rojo es el odio y nutrido.
El amor, pálido y solo.
Cansado de odiar, te amo.
Cansado de amar, te odio.
Llueve tiempo, llueve tiempo.
Y un día triste entre todos,
triste por toda la tierra,
triste desde mí hasta el lobo,
dormimos y despertamos
con un tigre entre los ojos.
Piedras, hombres como piedras,
duros y plenos de encono,
chocan en el aire, donde
chocan las piedras de pronto.
Soledades que hoy rechazan
y ayer juntaban sus rostros.
Soledades que en el beso
guardan el rugido sordo.
Soledades para siempre.
Soledades sin apoyo.
Cuerpos como un mar voraz,
entrechocando, furioso.
Solitariamente atados
por el amor, por el odio,
por las venas surgen hombres,
cruzan las ciudades, torvos.
En el corazón arraiga
solitariamente todo.
Huellas sin campaña quedan
como en el agua, en el fondo.
Sólo una voz, a lo lejos,
siempre a lo lejos la oigo,
acompaña y hace ir
igual que el cuello a los hombros.
Sólo una voz me arrebató
este armazón espinoso
de vello retrocedido
y erizado que me pongo.
Los secos vientos no pueden
secar los mares jugosos.
Y el corazón permanece
fresco en su cárcel de agosto
porque esa voz es el arma
más tierna de los arroyos:
«Miguel: me acuerdo de ti
después del sol y del polvo,
antes de la misma luna,
tumba de un sueño amoroso».
Amor: aleja mi ser
de sus primeros escombros,
y edificándome, dicta
una verdad como un soplo.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, todo.



Miguel Hernández en el frente de guerra

Vino. Dejó las armas

Vino. Dejó las armas,
las garras, la maleza.
La suavidad que sube,
la suavidad que reina
sobre la voz, el paso,
sobre la piel, la pierna,
arrebató su cuerpo
y estremeció sus cuerdas.
Se consumió la fiera.
La noche sobrehumana
su sangre ungió de estrellas,
relámpagos, caricias,
silencios, besos, penas.
Memoria de la fiera.
Pero al venir el alba
se abalanzó sobre ella
y recobró las armas,
las garras, la maleza.
Salió. Se fue dejando
locas de amor las puertas.
Se reanimó la fiera.
Y espera desde entonces
hasta que el hombre vuelva.

Umbrío por la pena, casi bruno

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena es paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos:
¡cuánto penar para morirse uno!

Guerra

Todas las madres del mundo
ocultan el vientre, tiemblan,
y quisieran retirarse,
a virginidades ciegas,
al origen solitario
y el pasado sin herencia.

Pálida, sobrecogida
la fecundidad se queda.
El mar tiene sed y tiene
sed de ser agua la tierra.
Alarga la llama el odio
y el amor cierra las puertas.

Voces como lanzas vibran,
voces como bayonetas.
Bocas como puños vienen,
puños como cascos llegan.
Pechos como muros roncós,
piernas como patas recias.

El corazón se revuelve,
se atorbellina, revienta.
Arroja contra los ojos
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,
precipita la cabeza
y busca un cuerpo, una herida
por donde lanzarse afuera.
La sangre recorre el mundo
enjaulada, insatisfecha.
Las flores se desvanecen
devoradas por la hierba.

Ansias de matar invaden
el fondo de la azucena.
Acoplarse con metales
todos los cuerpos anhelan:
desposarse, poseerse
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia
general, creciente, reina.
Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras.

Músicas exasperadas,
duras como botas, huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas tiernas.
Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea
¿Para qué quiero la luz
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,
coplas, trompas que aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse, piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Beso. Ruedas.

Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.
Después, el silencio, mudo
de algodón, blanco de vendas,
cárdeno de cirugía,
mutilado de tristeza.
El silencio. Y el laurel
en un rincón de osamentas.
Y un tambor enamorado,
como un vientre tenso, suena
detrás del innumerable
muerto que jamás se aleja.

Nanas de la cebolla

Dedicadas a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía **que no comía más que pan y cebolla.**

La cebolla es escarcha cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares,
con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes



Miguel Hernández, a la derecha, en un frente de combate durante la guerra civil española.

Miguel le cantó al amor, a la vida y a la muerte,
pero en ca-da uno de sus cantos denunció la injusticia,
hizo de cada uno de sus versos una trinchera contra el odio
y la opresión. Sin caer en el «panfleto»,
Miguel le canta a la libertad.

como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
hincando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho
él, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

Sentado sobre los muertos

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.
Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso `pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.
Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.
Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué ponerse,
hambriento sin qué comer,
y el día de hoy amanece
justamente aborascado
y sangriento justamente.
En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.
Aunque te falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva, y te queden
corazón, entrañas y tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.
Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto
las penas del mismo temple,
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.
Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

«Llegó con tres heridas: la de la vida,
la del amor, la de la muerte»

Por Miguel Hernández guardamos especial afecto, su obra, poesía trunca que si bien parece estar bien acabada, resiente en algunos tramos la estocada de la urgencia; no nos referimos a la forma, mucho menos al contenido, sino simplemente a la joven marcha del poeta hacia otra vida. Morir a los treinta y dos años podrá ser una paradoja para las macetas, pero no para un patriota de pura cepa. La poesía resentirá sin duda, para siempre, su visión de mundo para cuando ya Miguel tuviese plena madurez, y sin embargo, su fruto no es arrebatado, pensamos que mediante un análisis justo, se puede descubrir que su obra cierra un ciclo en realidad. Ingrato o no para la literatura universal, el canto de este patriota español se fugó para siempre de sus captores, los barrotes de la dictadura siempre fueron inútiles para callar la voz de los poetas, y hoy, mejor que nunca, podemos comprobar que la muerte tampoco es eficaz. Es obvio que no todo cantor pasará a la posteridad, eso será cuestión del contenido de su obra, del mordiente que tengan sus palabras, de la connotación de sus respectivas imágenes, o sea, dependerá de la trascendencia de la obra respecto de su entorno. Miguel le cantó al amor, a la vida y a la muerte, pero en ca-da uno de sus cantos denunció la injusticia, hizo de cada uno de sus versos una trinchera contra el odio y la opresión. Sin caer en el «panfleto», Miguel le canta a la libertad.

El herido

Para el muro de un hospital de sangre.

I

Por los campos luchados se extienden los
heridos.
Y de aquella extensión de cuerpos
luchadores
salta un trigal de chorros calientes,
extendidos
en roncós surtidores.
La sangre llueve siempre boca arriba, hacia
el cielo.
Y las heridas suenan igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas.
La sangre huele a mar, sabe a mar y a
bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece, y se halla.
Herido estoy, miradme: necesito mis vidas.
La que contengo es poca para el gran
cometido
de sangre que quisiera perder por las
heridas.
Decid quién no fue herido.
Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás
se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!
Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas
entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
 Para la libertad, mis ojos y manos,
 como un árbol carnal, generoso y cautivo,
 doy a los cirujanos.
 Para la libertad siento más corazones
 que arenas en mi pecho: dan espuma mis
 venas,
 y entro en los hospitales, y entro en los
 algodones
 como en las azucenas.
 Para la libertad me desprendo a balazos
 de los que han revolcado su estatua por el
 lodo.
 Y me desprendo a golpes de mis pies, de
 mis brazos,
 de mi casa, de todo.
 Porque donde unas cuencas vacías
 amanezcan,
 ella pondrá dos piedras de futura mirada
 y hará que nuevos brazos y nuevas piernas
 crezcan
 en la carne talada.
 Retoñarán aladas de savia sin otoño
 reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada
 herida.
 Porque soy como el árbol talado, que retoño:
 porque aún tengo la vida.

Elegía

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, a quien tanto quería).

Yo quiero ser llorando el hortelano
 de la tierra que ocupas y estercolas,
 compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
 y órganos mi dolor sin instrumento,
 a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
 Tanto dolor se agrupa en mi costado,
 que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
 un hachazo invisible y homicida,
 un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
 lloro mi desventura y sus conjuntos
 y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastros de difuntos,
 y sin calor de nadie y sin consuelo
 voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
 temprano madrugó la madrugada,
 temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
 no perdono a la vida desatenta,
 no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
 de piedras, rayos y hachas estridentes
 sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
 quiero apartar la tierra parte a parte
 a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
 y besarte la noble calavera
 y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
 por los altos andamios de las flores
 pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
 Volverás al arrullo de las rejas
 de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
 y tu sangre se irá a cada lado
 disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
 llama a un campo de almendras espumosas
 mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
 del almendro de nata te requiero,
 que tenemos que hablar de muchas cosas,
 compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936).

Me sobra el corazón

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,
 hoy estoy para penas solamente,
 hoy no tengo amistad,
 hoy sólo tengo ansias
 de arrancarme de cuajo el corazón
 y ponerlo debajo de un zapato.
 Hoy reverdece aquella espina seca,
 hoy es día de llantos de mi reino,
 hoy descarga en mi pecho el desaliento
 plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.
 Y me busco la muerte por las manos
 mirando con cariño las navajas,
 y recuerdo aquel hacha compañera,
 y pienso en los más altos campanarios
 para un salto mortal serenamente.

Si no fuera ¿por qué?... no sé por qué,
 mi corazón escribiría una postrera carta,
 una carta que llevo allí metida,
 haría un tintero de mi corazón,
 una fuente de sílabas, de adioses y relatos,
 y ahí te quedas, al mundo le diría.

Yo nací en mala luna
 Tengo la pena de una sola pena
 que vale más que toda la alegría.

Un amor me ha dejado con los brazos caídos
 y no puedo tenderlos hacia más.
 ¿No véis mi boca qué desengañada,
 qué inconformes mis ojos?

Cuanto más me contemplo más me aflijo:
 cortar este dolor ¿con qué tijeras?
 Ayer, mañana, hoy
 padeciendo por todo
 mi corazón, pecera melancólica,
 penal de ruiseñores moribundos.

Me sobra corazón.

Hoy descorazonarme,
 yo el más corazonado de los hombres,
 y por el más, también el más amargo.
 No sé por qué, no sé por qué ni cómo
 me perdono la vida cada día.

El último rincón

El último y el primero:
 rincón para el sol más grande,
 sepultura de esta vida
 donde tus ojos no caben.
 Allí quisiera tenderme
 para desenamorarme.
 Por el olivo lo quiero,
 lo percibo por la calle,
 se sume por los rincones
 donde se sumen los árboles.
 Se ahonda y hace más honda
 la intensidad de mi sangre.
 Carne de mi movimiento
 huesos de ritmos mortales,
 me muero por respirar
 sobre vuestros ademanes.
 Corazón que entre dos piedras
 ansiosas de machacarle,
 de tanto querer te ahogas
 como un mar entre dos mares.
 De tanto querer me ahogo,
 y no es posible ahogarme.
 ¿Qué hice para que pusieran
 a mi vida tanta cárcel?
 Tu pelo donde lo negro
 ha sufrido las edades
 de la negrura más firme,
 y la más emocionante:
 tu secular pelo negro
 recorro hasta remontarme
 a la negrura primera
 de tus ojos y tus padres:
 al rincón del pelo denso
 donde relampagueaste.
 Ay del rincón de tu vientre;
 el callejón de tu carne:
 el callejón sin salida
 donde agoniqué una tarde.
 La pólvora y el amor
 marchan sobre las ciudades
 deslumbrando, removiendo
 la población de la sangre.
 El naranjo sabe a vida
 y el olivo a tiempo sabe
 y entre el clamor de los dos
 mi corazón se debate.
 El último y el primero:
 naufrago rincón, estanque
 de saliva detenida
 sobre su amoroso cauce.
 Siesta que ha entenebrecido
 el sol de las humedades.
 Allí quisiera tenderme
 para desenamorarme.
 Después del amor, la tierra.
 Después de la tierra, nadie.

Estamos de acuerdo, Miguel; luego del amor, la tierra, y después de ésta, nadie; acaso sólo la poesía, esa que se tensa desde la tierra como un arcoiris para disparar certeras flechas de sangre, palabra y corazón, y recordarnos que la vida son varios tragos, y la muerte uno solo.

Nota:

Después del amor y *El último rincón*, concluyen de manera muy similar, casi idéntica.

BIBLIOGRAFÍA

Miguel Hernández, Poesía, Obras Maestras del Siglo XX, Editorial Origen - Seix Barral, Coedición mexicana, 1984.
 Pequeño Larousse Ilustrado, 17ª edición, México, 1992.
 Océano Uno, Colombia, 1992.
 La semiología por Pierre Guiraud. Siglo XXI, México 1982.
 Apuntes personales UES.



Miguel Hernández con su esposa Josefina Manresa, en 1937

Juan Carlos Onetti

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO

Este novelista uruguayo nació en Montevideo el primero de julio de 1909 y falleció en España en 1994. Durante su juventud se dedica a una gran variedad de oficios, desde portero hasta vigilante y vendedor de entradas en el Estadio Centenario de Montevideo. En 1930 se traslada a Buenos Aires para buscar trabajo después de haberse casado por primera vez. Es posible que en novelas como *La vida breve* halla alguna huella de sus continuos traslados entre Montevideo y Buenos Aires. En el citado libro, el protagonista, Brausen, vive a caballo entre las dos ciudades. Según algunos especialistas, el nombre de Santa María remite al nombre con que los conquistadores españoles fundaron la actual capital argentina: Santa María de los Buenos Aires. Santa María es, amén de una mezcla de Montevideo y la ciudad porteña, el microcosmos onettiano.

En 1932 escribe una primera versión de su cuento *El pozo*. Dice Onetti: «En aquel tiempo fue cuando comencé a escribir. Trabajaba en una oficina ubicada en un sótano. [...] La verdad es que el tabaco fue la causa de todo. Habían prohibido la venta de cigarrillos los sábados y domingos. Todo el mundo hacia su acopio los viernes. Un viernes me olvidé. Entonces la desesperación de no tener tabaco se tradujo en un cuento de 32 páginas, que escribí ante la máquina de un tirón. Fue la primera versión de 'El pozo'.»

En 1939 se une al equipo de redacción del prestigioso semanario uruguayo *Marcha*, dirigido por el periodista Carlos Quijano y en el cual también trabajaron Eduardo Galeano y Mario Benedetti. Tras publicar novelas como *El pozo*, *La vida breve* y relatos como *El infierno, tan temido*, Onetti es nombrado director de bibliotecas municipales en Montevideo, el año de 1957. En 1974 tras integrar un jurado en el certamen de cuentos de la revista *Marcha*, es apresado por el régimen militar, pues habían otorgado el premio al relato *El guardaespaldas*, de Nelson Marra. Cuando recobra su libertad, más de tres meses después, Onetti viaja a Europa. Al año siguiente, se traslada a España, país que no querrá abandonar, ni siquiera cuando se reinstaura la democracia en Uruguay, en 1985. En 1993, se publica su última novela, *Cuando ya no importe*, que cierra el ciclo de narraciones ubicadas en el país fantástico que Onetti inventó: Santa María. Al año siguiente, fallece en Madrid, tras una enfermedad que lo mantuvo hospitalizado.

Los personajes de Onetti son seres desolados, encerrados en oficinas destinadas para negocios inexistentes, en clínicas sórdidas o en antros, deambulan bajo la mirada de Brausen, el creador omnipresente de la ciudad de Santa María. Pero la desolación del mundo onettiano no conduce a la amargura o al asco por el género humano. De ello lo salva la ironía y el humor del autor.



Textos de Onetti

Aquí recogemos algunos textos periodísticos y narrativos de nuestro escritor. El primero es un homenaje a William Faulkner, el escritor norteamericano que influyó decisivamente en él. Es también una crítica a las traducciones al castellano de la obra de Faulkner. El segundo fue escrito con motivo de la muerte de Ernesto Che Guevara. El último es un ejemplo de su narrativa y de la urbe y orbe fabuloso llamado Santa María.

Incursiones en Faulkner

Hace tiempo y allá lejos pude mantenerme vivo durante un año haciendo traducciones.

Durante 12 meses tuve techo y alimento. Pero nada más. Debo considerar también la felicidad de no tener que cumplir un horario, salvo los que yo mismo me marcaba y muy raras veces cumplía.

Poco quedaba de esa felicidad cuando se acercaba la fecha en que me había comprometido a hacer la traducción. Entonces, como hacen muchos estudiantes en el día anterior al terror del examen, se imponía un día con su noche y la ayuda de la bencedrina.

A un amigo le encargaron la traducción de cuentos de Faulkner. Le pedí

que me dejara traducir *Todos los pilotos muertos*, para mi placer y sin cobrar nada. Como este cuento es mi favorito de entre todos los que escribí Faulkner, encaré mi tarea con mucho respeto. Traté de conseguir traducciones anteriores y me encontré con una en castellano bonaerense, muy mala. También había otra en francés con errores insoportables y que alteraban la psicología del personaje. Poco tiempo después, me dediqué a rastrear algunas de las infamias que se habían hecho al traducir obras del genial norteamericano.

Comienzo con *Lena*, muchacha tan fácil de querer. Ningún esfuerzo es necesario para verla caminar kilómetros de caminos polvorientos desde el profundo sur hasta el profundo sur. Lleva, indomable, el peso de un feto de varios meses y debe encontrar al padre de su hijo. Calcula dar a luz en el mes de agosto y recuerda, con restos de dulzura, por qué.

Así, Guillermo de Torre en la editorial Losada se encontró con que una traducción literal del título, *Luz en agosto*, resultaría confusa para los lectores. Se inclinó entonces por *Luz de agosto*, aunque la luz de este mes en Buenos Aires, donde estaba la editorial, es gris y tristonja. Agosto se soporta porque antecede a septiembre y su primavera.

De todos modos, luz de cualquiera de los doce meses se puede titular algún libro inédito de poemas.

Prosiguiendo con mis recuerdos, me encuentro ahora con un libro llamado, en su primera traducción al castellano, *Intruso en el polvo*. Hay, a propósito, una divertida anécdota. Cuando Faulkner fue descubierto en Europa, sus compatriotas sospecharon, sin mayor entusiasmo, que en su país existía un gran escritor. Faulkner empezó a divertirse cambiando los títulos de sus libros, y así *Intruder in the dust* también se llamó *Flags in the dust* y, ya más seguro de la aceptación de su talento, alteró también el título de algún cuento.

La novela *The stealers* («Los ladrones») se llamó *The reavers*. Pero a Faulkner le gustaba más deletrearlo en escocés arcaico: *The reivers*. Decía: «Esto suena más fanfarronesco que *reavers*, que es la palabra americana que significa lo mismo, pero resulta más suave, demasiado parecido a *weavers*, urdidores de cuentos».

Luego de la publicación de *The reivers* solía decir: «Generalmente, mis lectores se quedan perplejos con el contenido de mis libros. Esta vez solamente se quedarán perplejos con el título».

Cuando alguien le preguntó por qué hacía eso, dijo que estaba harto de que muchos de sus compatriotas dijeran que no habían entendido algunas de sus novelas y que estaba más que harto de aconsejar que las leyeran otra vez. Ahora, por lo menos, se preguntarían qué querría decir ese título.

Intruder in the dust fue traducido en Buenos Aires como *Intruso en el polvo*.

Con gran expectativa, compré el libro convencido de que asistiría a la caída de algún intruso derrotado y mordiendo el polvo.

Pero nada de eso había en el libro, ya que el traductor había interpretado la palabra *dust* de acuerdo con la primera acepción que ofrecía el Appleton o diccionario equivalente. No tuvo paciencia para encontrar una línea más abajo que *dust* también quería decir pelea, riña, polvareda. Señalo que como novela es bastante floja y que está llena de maldita buena intención. Pero lo que quiso decir Faulkner en el título y en el texto fue que el norte no debía intervenir en el problema blanco-negro del sur del país. Prometió, sin mayor esperanza, que algún día o año situado en el infinito, los blancos y los negros sureños darían fin a sus diferencias y todo terminaría en un fraternal abrazo, final feliz.

Leí dos versiones en idioma castellano de *The reivers*. Una se llamaba *Los ladrones*, otra *Los rateros*. En una de ellas volví a encontrarme con el prostíbulo de Miss Reba. Ahora ya no estaba allí Popeye, a quien le había hecho el verdugo un peinado casi instantáneo. Recuerdo que en cambio había un negro alto y robusto que, según creo, tenía el vientre cruzado por una gruesa cadena de reloj. Además, era el *manager* de un adolescente que ostentaba el récord de hacer el amor muchas veces en un solo encuentro. El negro aceptaba desafíos con los pupilos de otro *manager*. Se hacían apuestas por dinero, hasta que un triste día, por ambición del negro y por vanidad de su pupilo, éste fracasó de forma lamentable.

En otra versión no recuerdo haber encontrado ni *manager* negro y tal vez ni siquiera a Miss Reba y su hospitalaria casa.

Desconozco si esta amputación en una de las dos versiones es culpa del traductor o de instancias superiores. Confío en que algún día me lo explicarán.

Y para terminar por ahora, recuerdo que en la traducción firmada por Borges de *Palmeras salvajes*, en la parte llamada *El viejo*, se dice al final que el penado alto, luego de escuchar las peripecias que el Mississippi le impuso a su compañero de prisión, resumió su opinión en una sola palabra: mujeres.

Muchas veces, cuando me cuentan alguno de esos pequeños disturbios aldeanos provocados por una dulce señora o señorita, me he limitado a comentar la anécdota o chisme repitiendo: «Mujeres, dijo el penado alto».

Pero hoy, al documentarme muy severamente para escribir este artículo, descubro que la totalidad del comentario del penado alto fue:

–Women shit.

Con perdón de Borges.

Hace un año, cuando Fidel Castro confirmó la muerte de Ernesto Che Guevara, publiqué en la revista Cuba las siguientes líneas:

«El decir está tan gastado que produce pudor reiterarlo. Desde los periodistas con prisa hasta los quiméricos compadritos de Jorge Luis Borges: 'Murió en su ley'. También, no importa el abuso, 'Murió con las botas puestas'.

Pero la porfía del Che, profetizamos, es inmortal. Trepando, desembarazándose de tanta literatura, lágrimas y sentimentalina arrojadas encima de su pecho asesinado, Che Guevara está hoy otra vez -y van tantas- de pie, repartiendo rostros y metralletas entre ansiosos, resueltos checitos nacidos de su muerte y resurrección.

Atravesando palabras inútiles y diagnósticos torcidos. Che Guevara va viniendo, va llegando».

Desde entonces, mucho ha sucedido, mucho se ha publicado sobre el tema; sólo me dieron motivos estéticos para modificar lo anterior. Pero aquí, en Santa María, desde donde escribo, país subdesarrollado, carente aún de 383a

Usted perdone, Guevara

Juan Carlos Onetti



a 383b, la gente se está haciendo xenófoba. Reparar en que el Che era argentino, hizo la revolución en Cuba, fue muerto en Bolivia. Para corregir ese error, para no vivir de espaldas a las prepotencias, los tira y afloja (más de lo último), les pido la hora y los aplazamientos que decoran el panorama político de Santa María, vuelvo a copiar y me enmiendo. Alzando la puntería, elijo ahora a Pío Baroja:

«Pueblo de los discretos, espejo de los prudentes, encrucijada de los ladinos, vivero de los sagaces, enciclopedia de los donosos, albergue de los que no se duermen en las pajas, espelunca de los avisados, cónclave de los agudos, sanhedrín de los razonables...».

Es que este don Pío, además de humilde y errante, era un hombre arbitrario y cerrado; la antipatía que le causaban los franceses le hizo olvidar una frase de Chateaubriand:

«Hay cierta época en la que no se debe derrochar el desprecio, a causa del considerable número de necesitados».

Por las eruditas transcripciones:
Juan Carlos Onetti.

La Araucaria

Juan Carlos Onetti

El padre Larsen bajó de la mula cuando esta se negó a trepar por la calle empinada del villorrio. Vestía una sotana que había sido negra y ahora se inclinaba decidida a un verde botella, hijo de los años y de la indiferencia. Continuó a pie, deteniéndose cada media cuadra para respirar con la boca entreabierta y diciéndose que debía dejar de fumar. Con la pequeña maleta negra que contenía lo necesario para salvar las almas que estaban a punto de apartarse del cuerpo y huir del sufrimiento y la inmediata podredumbre. No lo precedía un monaguillo con una campanilla, nadie agitaba una vinagrera, nadie rezaba, salvo él durante cada descanso.

La pequeña casa pintada de un sucio blanco estaba emparedada por otras dos, casi iguales y las tres se abrían al camino de tierra dura por puertas hostiles y estrechas.

Le abrió un hombre de años indiscernibles, con alpargatas y bombachones blancos. Se persignó y dijo:

-Por aquí, padre.

Larsen sintió la frescura de la pieza encalada y casi olvidó el sol agresivo de las calles mal hechas.

Ahora estaba en una habitación pobre de muebles en una cama matrimonial una mujer se retorció y variaba del llanto a la risa desafiante. Después llegaron palabras, frases incomprensibles que atravesaban el silencio, la momentánea quietud del sol, buscando llegar a las sombras que

se habían aproximado.

Un silencio, un mal olor persistente, y de pronto la mujer agonizante trató de levantar la cabeza; lloraba y reía. Se aquietó y dijo:

-Quiero saber si usted es cura.

Larsen paseó las manos por la sotana, para mostrarla, para saber él mismo que seguía enfundado en ella, mostró al aire -porque ella tenía muy abiertos los ojos y sólo miraba la pared blanca opuesta a su muerte mostró estampas de bruscos colores desleídos, medallas pequeñas de plomo, achatadas por los años, serenas algunas, trágicas otras con desnudos corazones asomando exagerados en pechos abiertos.

Y de pronto la mujer gritó el principio de la confesión salvadora. El padre Larsen la recuerda así:

-Con mi hermano desde mis trece años, él era mayor, jodíamos toda la tarde de primavera y verano al lado de la acequia debajo de la araucaria y sólo Dios sabe quién empezó o si nos vino la inspiración en conjunto. Y jodíamos y jodíamos porque, aunque tenga cara de santo, termina y vuelve y no se cansa nunca y dígame qué más quería yo.

El hermano se apartó de la pared, dijo no con la cabeza y adelantó una mano hacia la boca de su hermana, pero el cura lo detuvo y susurró:

-Déjala mentir, deja que se alivie. Dios escucha y juzga.

Aquellas palabras habían agregado muy poco a su colección. Tenía ya varios incestos, inevitables en el poblacho despojado



de hombres que se llevó la guerra o la miseria; pero tal vez ninguno tan tenaz y reiterado, casi matrimonial. Quería saber más y murmuró convincente: «es la vida, el mundo, la carne, hija mía».

Ahora ella volvía a dilatar los ojos perdiéndose en la pausa protectora de la pared encalada. Volvió a reír y a llorar sin lágrimas como si llanto y risa fueran sonidos de palabras y graves confidencias. Larsen supo que no estaba moribunda ni se burlaba. Estaba loca y el hermano, si era el hermano, vigilaba su locura con una rígida cara de madera.

Equivocándose, ordenó padrenuestros y avemarías y, como en el pasado, vaciló con el viejo asco mientras se inclinaba para bendecir la cabeza de pelo húmedo y entreverado; no pudo ni quiso besarle la frente.

Oyó mientras salía guiado por el impasible hermano:

-Cuando otra vez me vaya a morir, lo llamo y le cuento lo del caballo y la sillita de ordeñar. Él me ayudó, pero nada.

En la calle, bajo la blancura empecinada del sol, la mula restregaba el hocico en las piedras buscando, en vano, morder.

Al regreso, de retorno al corral, la bestia trotó dócil y apresurada mientras el padre Larsen, sin abrir el quitasol rojo, hacía balance de lo obtenido y aguardaba, esperanzado, a que llegara la segunda agonía de la mujer.

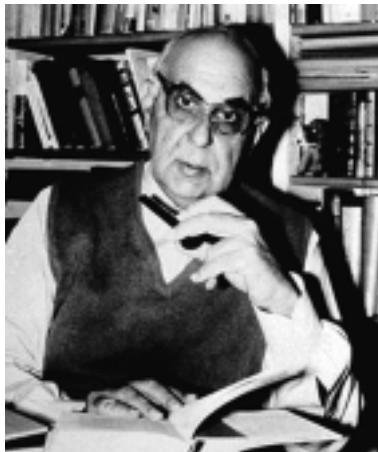
El padre Larsen buscó sin encontrar ninguna araucaria.

Poesía Griega contemporánea

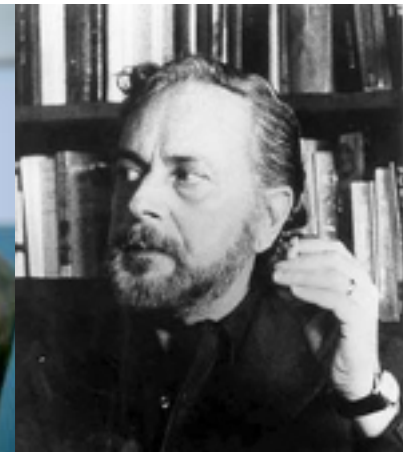
SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO

Para ir cerrando este año escolar y las entregas de Aula Abierta en lo que respecta a la literatura, hemos preparado una selección de poetas griegos. Si comenzamos con un gran poema helénico, *La Odisea*, de Homero, cerraremos este año rindiéndole homenaje a la poesía más reciente de ese país: Kavafis, Kazantzakis, Elitis, Seferis, son algunos de los nombres que más resuenan, pero también están Solomós, Kalvos y Palamás, voces que pronuncian la modernidad poética helénica. En lo que a Aula Abierta respecta, seguiremos el próximo año desarrollando contenidos de literatura salvadoreña, latinoamericana y europea, pero tratando de incorporar otras tradiciones literarias igualmente valiosas, como las de África y Asia. Hasta la vista.

LUIS ALVARENGA



Yorgos Seferis



Yannis Ritsos

Yannis Ritsos, al igual que Seferis, se opuso a la dictadura del general Metaxás, a la ocupación hitleriana y al Régimen de los Coroneles. Entre las obras de Ritsos figuran *La canción de mi hermana*, *Vieja mazurca al ritmo de la lluvia*, *Forma de la ausencia* y *Sonata al claro de la luna*.

GRECIDAD, CAPÍTULO I

«Estos árboles no transigen con tener menos cielo, estas piedras no transigen con los pasos enemigos, estos rostros no transigen más que con el sol, estos corazones no transigen más que con la justicia. Este paisaje es duro como el silencio, aprieta contra su seno sus piedras incandescentes, aprieta contra la luz sus olivos huérfanos y sus vides, aprieta los dientes, no hay agua, solamente luz. El camino se pierde entre la luz y la sombra del seto es hierro. Los árboles, los ríos y las voces se convirtieron en mármol bajo la cal del sol, con el mármol tropiezan las raíces, los arbustos polvorientos, la mula y la rosa, jadean, no hay agua, todos tienen sed, años enteros, todos mastican un bocado de cielo además de su amargura. Sus ojos están rojos de insomnio, una profunda arruga clavada entre sus cejas como un ciprés entre dos montes al anochecer. Sus manos están pegadas al fusil, el fusil es una prolongación de sus manos, sus manos son una prolongación de sus almas, tienen sobre sus labios el furor y tienen una pena profunda, muy profunda en sus miradas, como una estrella en un charco de sal. Cuando estrechan la mano el sol está seguro para el mundo, cuando sonríen vuela una pequeña golondrina de su barba feroz, cuando duermen doce estrellas nacen de sus bolsillos vacíos, cuando mueren sube la vida cuesta arriba con tambores y banderas. Hace ya tantos años que todos tienen hambre, que todos tienen sed, que todos mueren sitiados por tierra y mar, el calor devoró sus campos y la sal inundó sus casas, el viento derribó sus puertas y deshojó las pocas lilas de la plaza, por los agujeros de sus capotes entra y sale la muerte, sus lenguas están ácidas como el amargo fruto del ciprés, sus perros se murieron envueltos en sus sombras y la lluvia golpea en sus huesos. Fuman boñigas arriba en las guaridas, convertidos en piedra y por la noche vigilan el rabioso mar donde se ha hundido el mástil roto de la luna. Se ha terminado el pan. Las balas se acabaron, ahora cargan sus viejas armas, solo con sus corazones. Tantos años sitiados por tierra y mar, todos tienen hambre, todos perecen y nadie se muere, arriba, en las guaridas, sus ojos centellean, una gran bandera, un gran fuego rojo, y, cada amanecer, millares de palomas vuelan desde sus manos hacia las cuatro puertas del horizonte.»

Lorenzo Mavilis, nació en Ítaca, la ciudad de Ulises, en 1860. Cercano al grupo de Solomós, estudio lenguas clásicas en Alemania. Participó en la sublevación de Creta en 1896 y en la guerra contra los turcos, en 1912, año en que murió. Su obra se publicó póstumamente en Alejandría en 1915.

Noche

Astros temblorosos recuestan su fulgor en las aguas que parecen sueños del mar dormido.
No tiembla ni una hoja
en el bosque y, con las aves,
en el aroma de los árboles,
duermen dulcemente los vientos con sus alas recogidas.

Allí, donde la creación parece callar como si estuviese muerta,
allí, el alma del poeta, la amante de la soledad, siente una armonía etérea.
Escucha hablar a las estrellas
y responder a los querubines
en la iglesia tranquila e infinita del firmamento.

El poeta escucha aquellas voces
y aprende, así, a tocar su dulce lira
y a entonar sueños
celestes y encantadores,
esperanza, amor, ideales,
los bienes de la belleza, la hermosura de la virtud.

Yorgos Seferis (Esmirna, 1900-1971). Diplomático de carrera, fue funcionario del gobierno griego en el exilio, tras la invasión nazi. Fue Premio Nobel de literatura en 1963. Se opuso al Régimen de los Coroneles. Brillante poeta y no menos importante ensayista.

Rosa del desierto

« Rosa del desierto, encontrar querías con que herirnos, más, como el secreto que va a liberarse, te inclinabas y era hermosa la orden que aceptaste dar y era la sonrisa como una espada alerta. El ascenso de tu cielo animaba el universo, de tu espina se arrancaba el designio del camino, nuestro impulso se insinuaba desnudo a poseerte, era fácil el mundo, un simple latido.»

Constantino Kavafis, nacido en 1863 y muerto en 1933, el mismo día de su nacimiento (el 29 de abril), en Alejandría, es un autor que no necesita de presentación. Sus poemas más famosos son *Muros*, *Esperando a los bárbaros* y *La ciudad*.

ÍTACA

Si vas a emprender el viaje hacia Itaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en experiencias, en conocimiento.
A Lestrígonos y a Cíclopes,
al airado Poseidón nunca temas,
no hallarás tales seres en tu ruta
si alto es tu pensamiento y limpia
la emoción de tu espíritu y tu cuerpo.
A Lestrígonos ni a Cíclopes,
ni a fiero Poseidón hallarás nunca,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien ante ti los pone.
Pide que tu camino sea largo.
Que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer, felizmente
arribes a bahías nunca vistas;
detente en los emporios de Fenicia
y adquiere hermosas mercancías,
madreperla y coral, y ámbar y ébano,
perfumes deliciosos y diversos,
cuanto puedas invierte en voluptuosos y
delicados perfumes;
visita muchas ciudades de Egipto
y con avidez aprende de sus sabios.
Ten siempre a Itaca en la memoria.
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla
con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Itaca te enriquezca.
Itaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte.
Aunque pobre la encuentres, no te engañará Itaca.
Rico en saber y en vida, como has vuelto,
comprendes ya qué significan las Ítacas.

Odysseas Elytis



Odysseas Elytis, pseudónimo de Odysseas Alepudelis, nació en Creta en 1911 y falleció en Atenas en 1996. Amén de su poesía (*Dignum est, Canto heroico y fúnebre por el subteniente caído en Albania, María Nefeli*), vertió a su lengua a Brecht, Maiacovsky, García Lorca, Brecht, Lautréamont, Rimbaud, Éluar y Ungaretti, entre otros.

El monograma

Es temprano todavía en este mundo, me oyes
 No han sido domesticado los monstruos, me oyes
 Mi sangre perdida y el aguzado, me oyes
 Puñal
 Que corre como carnero por los cielos
 Y quiebra las ramas de las estrellas, me oyes
 Soy yo, me oyes
 Te amo, me oyes
 Te tengo y te llevo y te visto
 Con el blanco traje nupcial de Ofelia, me oyes
 Dónde me dejas, adónde vas y quién, me oyes
 Te toma de la mano por encima de los diluvios
 Enormes lianas y lava de volcanes
 Llegará el día, me oyes
 En que nos entierren y miles de años después, me oyes
 Nos convertirán en rocas brillantes, me oyes
 Para que sobre ellas luzca la crueldad, me oyes
 Humana
 Y en cinco mil añicos nos arrojará, me oyes
 A las aguas uno-a-uno, me oyes
 Mis amargos guijarros cuento, me oyes
 Y es el tiempo una gran iglesia, me oyes
 Donde a veces en las imágenes, me oyes
 De los santos
 Surgen lágrimas verdaderas, me oyes
 Y las campanas abren en lo alto, me oyes
 Un hondo pasaje que permita mi paso
 Aguardan los ángeles con cirios y fúnebres salmos
 No voy a ninguna parte, me oyes
 O ninguno o los dos juntos, me oyes
 Esta flor de la tormenta y, me oyes
 Del amor
 De una vez para siempre la cortamos, me oyes
 Y no habrá de florecer de otra manera, me oyes
 En otra tierra, en otra estrella, me oyes
 No existe el suelo, no existe el mismo aire, me oyes
 Que tocábamos, me oyes.
 Y ningún jardinero tuvo la dicha en otros tiempos
 Después de tanto invierno y tantos vientos fríos,
 me oyes
 Que nazca una flor, sólo nosotros, me oyes
 Levantamos toda una isla, me oyes
 Con grutas y cabos y acantilados florecidos
 Oye, oye
 Quién habla a las aguas y quién llora - ¿oyes?
 Quién busca al otro, quién grita - ¿oyes?
 Soy yo que grito, soy yo que lloro, me oyes
 Te amo, te amo, me oyes.

Kostas Várnalis, nació en Bulgaria en 1884 y fallecido en 1974, publicó en vida los poemarios *Panales, La luz que arde y Esclavos sitiados*.

La madre de Cristo

¡Cómo exhalan aromas las calles cubiertas de palmas,
 las calles pisadas por el sol y flanqueadas por jardines!
 Cada vez crece más la alegría de la fiesta
 y gime a lo lejos y, a lo lejos, asciende.

Tu alegría, Pueblo-mar, ola a ola,
 la alimentaron con el tiempo los odios de los demás
 y, si tu infame maldad tiene sed de pecados,
 ahí tienes su víctima, su ingenua víctima.

¡Ah! ¡Cuánto hubiese deseado, como una madre,
 (sueño que permanece, humo que se va)
 haberte engendrado, como a tus otros hermanos,
 lejos de las glorias y lejos de los odios!

Una casa roja en un patio con pozo...
 y una parra llena de racimos de ámbar...
 Como buen señor de la casa, regresaría cada tarde
 dorada, silenciosa y dulce como el aceite.

Y, al abrir la puerta con la sierra en la mano,
 con las ropas llenas de delgadas virutas
 (blanca barba, blancas manos), tu esposa, paloma,
 aspiraría profundamente el aire lleno de cedro.

Y, al detenerte un poco, la casa se llenaría
 de tu buena sombra, Padre y Señor,
 mientras tu amada sacaría agua para derramártela,
 para que empezara entre sonrisas la impaciente cena.

Y la muerte antigua llegaría a ser miel
 y dejarías una enorme descendencia, hijos y nietos,
 y, a cada uno, ovejas, tierras y viñas,
 el taller de aquél que desea tu arte.

Me cubro los ojos con la negra túnica,
 para que el pensamiento deje de ver con los ojos...
 Se divierten los ruiseñores en los jardines de alrededor,
 te envuelve el delicado perfume del limonero.

Te marchas sobre la primavera, querido hijo mío,
 dulce Primavera mía que no regresarás.
 Tu belleza reinó amarilla, hijo mío.
 No hablas, no miras cómo me deshago, dulce mío.

Como llora la becerra cuando le quitan el hijo,
 me pongo a gritar y no tienen sentido mis palabras.
 Sosténme tus dos enormes ojos.
 Corre sangre por los pechos de los que mamaste leche.

¡Cómo ha quedado tan endeble tu corazón
 al entrar como César en la brillante Jerusalén!
 Aunque la multitud cambió enloquecidamente (¡ay de ti!),
 ni siquiera sabía cuál era tu nombre.

Allí, al lado, tus enemigos se mordían los labios...
 Ha incitado con falacias a la ingrata multitud
 y, cuando caiga el sol y llegue el atardecer,
 clavarán tu cruz tus enemigos y tus amigos...

Pero, ¿por qué te detienes para que te cojan? Incluso,
 cuando preguntaron: «¿Quién es Cristo?», respondiste: «Yo soy».

¡Ay! Mi pequeña boca no sabe lo que dice.
 ¡Treinta años, hijo mío, y aún no te conozco!



Constantino Kavafis

Dionisio Solomós, poeta aguerrido y patriótico, nació en Zákynthos en 1798 y murió en Corfú en 1857. Sus poemas, motivadas grandemente por la ocupación turca a Grecia, son parte de la identidad de aquel país. Las dos primeras estrofas de su *Himno a la libertad* se convirtieron en el himno nacional griego.

Himno a la libertad (Fragmento)

Te conozco por el corte
 temible de tu espada.
 Te conozco por esa mirada
 que mide con violencia la tierra.

Salida de los huesos
 sagrados de los Griegos,
 valiente como al principio,
 ¡salve, salve, libertad!

Vivías aquí mismo,
 con amargura, con vergüenza,
 esperando una boca
 que te dijese: «¡Vuelve!».

Pero el día tardaba en venir.
 Todo guardaba silencio
 porque el miedo lo oscurecía
 y lo aplastaba la esclavitud.

¡Desgraciada! Como único
 consuelo sólo te quedaba
 hablar de la antigua grandeza
 y llorar al recordarla.

Pero la palabra, amante
 de la libertad, espera y espera.

Kostís Palamás, nacido en Patras en 1859, tiene entre sus obras *Canciones de mi patria, Himno a Atenas, Los ojos de mi alma y Las penas de Limnothálasa*. Falleció en 1943.

Pablo Melas

Te llora el pueblo. Siempre está verde la hierba,
 muchacho, en el lugar en que la bala te derribó.
 Es ligerísimo tu sueño. Que escuches las palabras
 y los besos de tu casa como las aves de abril
 y que te lleguen las cascadas del invierno
 como rayos y truenos del fusil y como heraldos de la guerra.
 La tierra de nuestro sueño es ancha y lejana. Y vuelves
 allí y te desvaneces con rapidez.
 Instante sagrado. Lo muestras como si fuera más grande
 y lo traes como si estuviese más cerca.